



Revista de Filosofía, N° 28, 1998-1, pp. 139-145

La Historia de la Filosofía en la antigüedad y Diógenes Laercio*

The History of Philosophy in Antiquity and Diogenes Laertius

*Adolfo García Díaz
Universidad del Zulia
Maracaibo - Venezuela*

Resumen

Este trabajo presenta el desarrollo de la Historia de la Filosofía, desde sus primeras manifestaciones, hasta constituirse, como doxografía, en disciplina completamente perfilada. Nacida de la mano de la Filosofía, ambas avanzan al principio conjuntamente: muchos de los primeros escritos filosóficos no sólo se preocupan por describir lo que las cosas son, sino también lo que otros pensaron de ellas. Se recorren las distintas etapas de la evolución de la Historia de la Filosofía - Platón y Aristóteles, Teofrasto, los escépticos - hasta llegar a Diógenes Laercio, para el autor el primer doxógrafo de la filosofía: en sus escritos no se manifiesta ni su autor, ni su intención, propósito o fin; sólo reflejan los hechos.

Palabras clave: Historia de la Filosofía, doxografía, Diógenes Laercio.

Recibido: 15-07-97 • Aceptado: 24-01-98

* NOTA DE LOS EDITORES.- Prosiguiendo con la tarea de publicar los escritos inéditos del Dr. Adolfo García Díaz, el Centro de Estudios Filosóficos presenta hoy este trabajo sobre los orígenes de la Historia de la Filosofía. La redacción que presentamos se ha compulsado con los apuntes iniciales del autor, utilizados en su preparación. Se han completado las referencias bibliográficas de las notas, sólo sucintamente indicadas en el manuscrito. (Angel Muñoz García y Romano Pastore)

Abstract

This paper presents the development of the History of Philosophy from its first manifestations up to its constitution, as doxography, in a completely delineated discipline. Born together with Philosophy, both advance hand in hand at the beginning: many of the first philosophical writings did not only describe what things are, but also what others thought of them. The different stages in the evolution of the History of Philosophy are reviewed -Plato and Aristotle, Theophrastus, the skeptics- up to Diogenes Laertius, who is considered by the author as the first doxographer of Philosophy: in his writings neither the author, nor the intention, purpose or aim are manifested: they only reflect the facts.

Key words: History of philosophy, doxography, Diogenes Laertius.

Decía Ortega que si el filósofo se encontrase solo, desamparado, sin más recursos a que acudir, frente a los objetos, entonces su filosofía no podría ser menos que una filosofía primitiva, que una concepción del mundo rudimentaria. *Mas junto a las cosas -prosigue- halla el investigador los pensamientos de los demás, todo el pasado de meditaciones humanas, senderos innumerables de exploraciones previas, huellas de rutas ensayadas a través de la eterna selva problemática...* La Historia de la Filosofía viene como a sobreañadirse a los hechos escuetos y desnudos que el filósofo hace problema. A una con la realidad primaria, tal rama de la Historia viene a constituir una especie de segunda realidad, no menos firme y objetiva, con la que se tiene por fuerza que contar. Por ello es que el desarrollo de la Historia de la Filosofía coincide con el desarrollo de la Filosofía misma. A medida que se avanza en una dirección, la otra tiene que desenvolverse al parejo de ella. Primero será un desenvolvimiento condicionado estrechamente por el carácter de la Historia y los filósofos, para, después, venir a convertirse, ya en manos de los eruditos y doxógrafos, en un instrumento de trabajo, en un medio tan importante como el mismo método.

1 ORTEGA Y GASSET, J., *El tema de nuestro tiempo I*, Col. Austral, Espasa Calpe, Madrid, 1923, p. 9.

El verdadero origen de la Historia de la Filosofía ha sido éste. Los filósofos no sólo se han interesado e interesarán por lo que las cosas son, sino también, y en la misma medida, por lo que otros hombres han pensado ya acerca de esas cosas. Al par que se atiende al primero de esos aspectos, no se descuida la atención del otro, de la historia o narración de lo que alguien antes hubo de pensar o experimentar frente a parecidas e igualmente problemáticas cosas. Pues, es un hecho fácil de comprobar, el embrión de la Historia de la Filosofía está ya en los fragmentos conservados de los filósofos más primitivos y, además, en este su inicio y más tarde aún, se nos presenta de un modo altamente cualificado. No es la pura presentación de doctrinas escuetas y nada más, sino que, por lo contrario, éstas vienen acompañadas, cuando el caso lo requiere, del rechazo más decidido y de su repulsa y condenación.

La Historia de la Filosofía comienza en el momento en que ha habido alguien que ha necesitado mostrar el error de la doctrina ajena, para venir a establecer la suya propia -o, por lo menos, sus pensamientos propios- como aquella que anula a todas las anteriores por contener ya en sí la verdad indubitable; comienza cuando tal exposición no tiene más fin que patentizar a todo el mundo el error ajeno y la propia verdad irrefutable, o cuando esas concepciones aludidas constituyen un antecedente más o menos lejano de ella. Todo lo demás que a esto puede venir a agregarse, otra clase de referencias o noticias, no tiene sentido más que en relación a este hecho. En este tiempo no ha surgido aún el carácter que hoy de inmediato asociamos a la Historia de la Filosofía. En sus inicios, la imparcialidad, la fidelidad en la exposición, no se han hecho aún cuestión. La crítica, en ocasiones virulenta, no se detiene incluso en el desfiguramiento de las doctrinas o en el descuido de la relación de ellas.

El hecho, por otra parte, es palpable. Ahí tenemos a Jenófanes enfrentándose a Homero y Hesíodo², a Heráclito dirigiendo sus ataques contra Pitágoras y el mismo Jenófanes³. En Parménides eso se nos muestra de un modo singularmente notable. A lo largo de su *Poema*, son notables las alusiones a otros pensadores, por lo vigoroso de su trazo y por la rudeza que emplea el eléata para calificarlos. En breves líneas, donde se une lo apretado de la síntesis con los más duros reproches, la filosofía de Heráclito es puesta a un lado, relegada a lo ilusorio⁴, junto con la *Vía*

2 DIELS, H., *Doxographi Graeci*, Berolini, 1929, pp. 10 y 11.

3 ID., pp. 16 y 17.

4 ID., p. 4.

de la Opinión. Y si es verdad, como se ha supuesto, que la segunda parte del *Poema*, la *Vía de la Opinión*, no es otra cosa que el esquema de la primitiva cosmología pitagórica, no estaremos muy equivocados al sostener que es aquí donde, de una manera más clara, se cumple lo que caracteriza la Historia de la Filosofía en sus inicios. Por eso no es de extrañar que, junto a la exposición de ajenos pensamientos, Parménides, para referirse a sus autores, los califique de *gentes sin juicio, de mortales que nada saben*⁵, etc. No es de extrañar que todas sus opiniones queden encuadradas en uno que más radicalmente se opone a su filosofía, a la *Vía de la Verdad*, en la *Vía de la Opinión*.

Los filósofos venideros no son la excepción. Pero, de todos ellos, es en Platón, gracias a su penetrante genio, en quien comienza a perfilarse ya un verdadero sentido histórico. El único que hasta ese entonces poseyó un sentido de lo histórico, como dice Burnet⁶. Bastará citar un ejemplo. El trozo del *Fedón*⁷ donde se expone el estado de la ciencia en Atenas durante la mitad del Siglo V a.C., es de una enorme objetividad, aunada a una gran comprensión. Pero, en este sentido, Aristóteles es quien resulta más explícito.

Aunque sus opiniones sobre los primeros filósofos son mucho menos históricas que las de Platón, Aristóteles se preocupa en cada caso de nombrarlos explícitamente o de una manera lo bastante clara como para no sufrir equivocación alguna. Es más, el primer Libro de la *Metafísica* representa el primer intento de construir una Historia de la Filosofía. La mayor parte de los pensadores anteriores están ahí ampliamente caracterizados y sus doctrinas expuestas con una cierta amplitud, si bien, dado que Aristóteles se considera como la culminación de toda la Filosofía anterior, éstas están expuestas como si se tratara de meros *balbucesos*, tendientes a lograr formular el sistema aristotélico⁸, unos con mejor suerte que otros.

Sin embargo, a pesar de estas deficiencias, Aristóteles anuncia ya el porvenir de esta rama de la Historia. Por una parte, tiene a la vista el uso que ella puede prestar, su concepción pragmática. Llamemos -nos dice- en nuestra ayuda a las opiniones de aquellos que antes de nosotros... han filosofado sobre la verdad⁹. Y, por otra, su espíritu de científico, de biólogo, lo ha llevado al intento de recolectar los datos concernientes a los filósofos y sus filosofías, como si se tratase de reco-

5 *Ibidem*.

6 BURNET, J., *Early Greek Philosophy*, Londres, 1930, Nota sobre las fuentes, 1.

7 96 A.

8 ARISTOTELES, *Metafísica* I, 3, 983b 1.

9 ARISTOTELES, *Metafísica* I, 10, 993a 15.

lectar datos de Historia Natural, pongamos por caso. Sabemos que entre sus escritos perdidos se encontraban muchos concernientes al estudio detallado de la vida de otros pensadores y de sus doctrinas. El tratado *De Melisso, Xenophane et Gorgia* es probable que se deba a su pluma o a la de alguno de los postaristotélicos.

Entre sus discípulos que lo han ayudado y continuado en esta tarea, ocupa un lugar de primera fila Teofrasto. Según Diels, en sus *Φυσικων δόξαι* (*Opiniones de los Físicos*) está larvada ya la dirección que seguirá más tarde la doxografía entera. Es importante destacar el hecho, porque se trata justamente de un hecho aislado, que tardará mucho en repetirse.

Tanto en los estoicos, como en los escépticos y los neoplatónicos, la alusión a otros sistemas está condicionada muy de cerca por la utilidad que eso pueda prestar para el desenvolvimiento del propio pensamiento. Ello ha sido tan acentuado, que incluso los estoicos han aplicado a su método de hacer Historia una denominación que no deja más lugar a dudas: *συννοικέω*, *adaptar*. Porque, para ellos, las doctrinas de los primeros filósofos sólo necesitan de eso, de una adaptación; ya que, en el fondo, no vienen a ser más que la misma doctrina estoica, aunque con distinto ropaje expresivo.

La concepción pragmática de la Historia de la Filosofía sigue prevaleciendo. Los escépticos la hacen con no otro fin que sacar a la luz las contradicciones de todo pensamiento que pretenda erigirse en verdad absoluta; así como los neoplatónicos la usarán para confirmar, por vía indirecta, su doctrina. Pero esta dirección ha de venir a ceder el paso al considerable desarrollo de la otra, que ya apuntaba en Aristóteles. Entonces, ya la Historia de la Filosofía no tendrá otro fin que el suyo propio. Se hará Historia para hacer Historia, y nada más. La doxografía estará a un paso de alcanzar toda su plenitud.

Hasta entonces, los eruditos habían puesto toda su erudición al servicio de su filosofía, como es el caso de los paganos, o al servicio de su fe, tal y como sucedió con los cristianos. Pero, junto a éstos, una nueva especie de erudición vendrá a desarrollarse. Unas veces tendrá por autores a estos mismos filósofos, otras no; pero, en ambos casos, su fin es el mismo. Los doxógrafos se dedican en adelante a recoger minuciosamente y a clasificar por orden de materias las opiniones (*δόξαι*, *placita*) de todos los filósofos antiguos indistintamente. Las obras propiamente representativas de este género son pocas. Podríamos citar como ejemplo los *Placita* atribuidos a Plutarco, la *Ἱστορία φιλοσοφία* del médico Galeno, los *Φιλοσοφία* —

ueva de San Ilpórito (Siglo II d.C.)¹⁰; así como aquellas que han sido restauradas por Diels en sus *Doxographi Graeci*, a saber los *Placita* de Aecio y los *Vetusta Placita*, una obra compuesta en la escuela de Posidonio. En todas ellas el fin principalísimo ya no es el ataque de las opiniones expuestas, ni la utilización que de ellas pudiera hacerse, sino, más bien, su pura exposición en cuanto tal.

Ahora bien, al lado de estas obras estrictamente doxográficas, se dan otras más especializadas, en un cierto sentido. Más específicas, al mismo tiempo que más históricas. La doxografía se ve completada por investigaciones especiales acerca de la cronología de los filósofos, como la *Crónica* de Apolodoro, o sobre sus sucesiones, como las *Sucesiones* de Soción o de Alejandro, o sobre su vida y listas de sus obras (Πλωρις), tarea esta última en la que sobresalieron Aristófanes de Bizancio y Trasilo. Es fácil ver el cambio radical que esto representa. Lo que ahora guía a tales eruditos ya no es más que el afán de satisfacer su curiosidad, la curiosidad de todos aquellos para quienes el saber no se convierte conscientemente en un instrumento de dominio, sino que, en su propia función, halla el logro de todos sus propósitos. Que inconscientemente ello pueda no ser así, no resta mérito a esta labor paciente y minuciosa. El conocimiento más preciso que nosotros poseemos de los filósofos de la antigüedad se debe justamente a este afán. Nuestra deuda con ellos es impercedera. Negarla equivale a negar las raíces mismas de nuestra cultura, equivale a negar el valor que pueda tener el conocimiento de nuestro más remoto pasado cultural, a olvidar nuestra casta. Que la erudición excesiva pueda resultar un perjuicio, ello en gran parte es cierto; pero no podemos negar que, antes que todo, estos doxógrafos no han sido unos descastados, sino todo lo contrario.

En quien toda esta labor encuentra su máximo exponente es precisamente en Diógenes Laercio. En su obra *La vida, doctrinas y opiniones de los filósofos más célebres* se dan, al par de lo que más propiamente podríamos nombrar doxografía, todos los estudios especializados a que hicimos alusión. El lugar que ella ocupa es el de una *Síntesis* de todos los estudios históricos anteriores concernientes a la Filosofía. Al mismo tiempo, es aquí donde la Historia de la Filosofía en la antigüedad halla su expresión más destacada. Sus propósitos son claros; tan claros que no se ha necesitado ni siquiera ponerlos de manifiesto. Es cierto que en el *Proemio* parece indicarse un cierto propósito en su concepción: probar que los griegos han sido por antonomasia los autores de la Filosofía y no los pueblos orientales, como muchos han pensado; pero también es cierto que este *Proemio* es un agregado que no forma un solo cuerpo con el resto del libro.

10 Pueden verse, todos ellos, en DIELS, H., *op. cit.*

La intención fundamental está a la vista, las noticias y fechas ahí recogidas no arrastran consigo más finalidad que la puramente histórica. A lo largo de sus diez Libros, la obra se ajusta a esto. Ningún propósito del autor sale a la superficie; nada, incluso, viene a delatarlo. Si, como es lo más probable, la obra ha ido surgiendo paulatinamente, unos Libros en un tiempo, otros en otro, y es el fruto de varios autores desconocidos, podríamos decir que ni aun en el caso contrario, en el caso que se debiera a la pluma de un solo autor, de Diógenes Laercio, que ni aun así sabríamos más sobre él a través de su obra. Ningún indicio nos lo pone, en la forma que ello sea, al alcance de la mano.

Pero, sin embargo, ya la misma ausencia de indicios es un indicio. La razón de este hecho es clara. El autor o los autores no se dejan adivinar a partir de los datos expresivos que ahí encontramos, debido a que se ha hecho abstracción de toda intención, de todo propósito y de todo fin. No conocemos qué es lo que persiguen, ni con qué propósito actúan; nada. Nada, excepto eso que ya está al alcance de la mano: la Historia escueta de la Filosofía, con sobreabundancia de minucias y sucesos. Tal ha sido su propósito principal y consciente. Ya se trate de un autor o de varios, lo cierto es que con él o con ellos culmina una de las direcciones que la Historia de la Filosofía hubo de seguir en ese entonces, una de las direcciones que ya en Aristóteles hubieron de confluir, y que en adelante cobrará más y más valor a medida que la Historia de la Filosofía, en su recorrido histórico, venga a recibir la ayuda de tantas y tantas disciplinas conectadas con ella, como es el caso de la Filología.

Pues bien, tal ha sido en el pasado más remoto y en el más próximo la Historia de la Filosofía, tales y cuales han sido sus características. ¿Llegará el día en que hayan de ser substituidas por otras? No lo sabemos; todo dependerá de cuál sea su consistencia y cuánta su resistencia al cambio.